

# INFORMES GENERALES

---

## I

### MARIANA DE NEOBURGO Y LAS PRETENSIONES BÁVARAS A LA SUCESIÓN ESPAÑOLA

#### **Introducción**

El 28 de octubre de 1667, la esposa de Felipe Guillermo de Pfalz Neoburgo, que había de ser Elector del Palatinado desde el 26 de mayo de 1685, Isabel Amalia Magdalena, hija del Conde Jorge II de Hessen Darmstadt, dió a luz una niña. La pusieron por nombre María Ana. Su hermana mayor, Leonor Magdalena Teresa (nacida el 6 de enero de 1655), casó el 14 de diciembre de 1676 con el Emperador Leopoldo I. Esta Emperatriz arregló la boda de su hermana María Ana con el Rey Carlos II de España.

Poco después del nacimiento de este Rey, se pudo advertir que no sería el Monarca enérgico que España tanto necesitaba para conservar unidos sus extensos reinos. Carlos era bondadoso, noble y animado de la mejor voluntad; pero débil, enfermizo y de inteligencia poco desarrollada. ¡Cómo asombrarse de que fuera el juguete de los partidos e intrigas de la Corte! No tuvo nunca decisión para llevar a cabo lo que creyó mejor. Durante su menor edad dominaba en España D. Juan de Austria, un hijo natural de Felipe IV y de la «bella Calderona». Este, cuando el Rey tenía apenas diez y seis años, arrancó las riendas del gobierno a la Reina Madre y la desterró a Toledo. Hasta su muerte dominó al Rey, a pesar del sincero cariño que Carlos profesaba a su madre. Poco antes de su muerte, había concertado D. Juan la

boda de Carlos II con la Princesa francesa María Luisa, hija del primer matrimonio del Duque de Orleans. Antes de que hiciera su entrada en Madrid la joven Reina, murió D. Juan inesperadamente, el 17 de septiembre de 1679.

Carlos trajo en seguida en triunfo a su querida madre de Toledo a Madrid (28 septiembre 1679). Mariana de Austria, conservó, aun después de la boda de su hijo, las riendas del gobierno en su mano firme. Luis XIV vió frustrada su esperanza de que su sobrina María Luisa influyese en la Corte de España en sentido francés. Junto a la ambiciosa hija de los Habsburgo no podía competir la delicada hijastra de Liselotte. Entre fiestas palatinas, autos de fe y fastidio se deslizó su vida. El mayor de todos los desengaños fué no dar heredero a la Corona. El 12 de febrero de 1689 acabó su vida desgraciada. En Francia se murmuró que la habían envenenado. Aunque Carlos quiso mucho a su primera mujer, tuvo que ceder a los apremiantes deseos de su Corte, y se decidió pronto a contraer nuevo matrimonio. Además de las relaciones de parentesco, hablaba en favor de la elección de María Ana de Neoburgo el que, descendiendo de una familia fecunda, había probabilidades de que diera herederos a la Corona; su madre había tenido 23 hijos, de los cuales vivían 17. El 28 de agosto de 1689 se celebró la boda por poderes en Neoburgo, en presencia del Emperador Leopoldo I. Representó al Rey de España en la ceremonia el Archiduque José, hijo del Emperador Leopoldo. Después de penosa travesía, hizo la nueva Reina su entrada en Munich, el 22 de Marzo de 1690 (1). Su posición en la Corte no tenía nada de envidiable. Estaba esa Corte harto corrompida por la larga Regencia, las luchas de la Reina Madre con D. Juan y las incesantes intrigas. Además, faltaba constantemente el dinero. Los sueldos y las pensiones sumaban tales cantidades, que no quedaban recursos para remediar la miseria del país. Cada ministro, cada empleado, buscaba

---

(1) En su acompañamiento figuraba la Condesa de Berlepsch, una Señora de Hessen, que desempeñó más tarde un papel político muy importante en la Corte.

el medio de enriquecerse lo más pronto posible; el bien de la Monarquía era cosa secundaria. El Rey era soberano absoluto sólo de nombre. Su madre gobernaba por él. La administración estaba en manos de diferentes Consejos. A la cabeza de ellos figuraba el de Castilla. Luego seguían los Consejos de Aragón, de la Inquisición, de Italia, Flandes, Indias; de las tres Ordenes militares (Santiago, Calatrava y Alcántara); de Hacienda, de Guerra y de la Santa Cruzada. A esto se agregaban tres Secretarios de Estado: uno para Italia, otro para el Norte y el del Despacho Universal, para la persona del Rey. La Reina Madre había elevado a esos puestos personas que le eran adictas. Desde el 2 de junio de 1685 era primer ministro el Conde de Oropesa, descendiente por línea natural de un segundogénito de la Casa de Braganza. Junto a él tenía el primer papel el Cardenal Portocarrero, Arzobispo de Toledo. No sólo Consejeros de Estado y Ministros, sino también favoritos, como el Conde de Melgar, con el título de Almirante de Castilla, o los confesores, se mezclaban en el gobierno. Protección y corrupción desempeñaban gran papel. Para conseguir algo en la Corte se había de poseer una personalidad enérgica y poco escrupulosa. Eso fué, indudablemente, Mariana de Neoburgo. «Va il suo cammino, regge e comanda, ed esercita la figura piuttosto di re che di regina», dice de ella el Embajador de Venecia Pietro Venier (1). Las relaciones de aquel tiempo nos pintan a la Reina como una mujer hermosa, rubia, llena de vida. Era enérgica y terca, sabía imponer su voluntad. Quería reinar; no estaba dispuesta a dejar el mando a su suegra, como en tiempo de la Reina María Luisa. Esto tenía que traer conflictos. En la lucha cortesana salió vencedora la Reina Madre, porque el débil Carlos quería complacer a entrambas mujeres y no tomaba resoluciones sino a medias. La de Neoburgo consiguió, a pesar de la oposición de su rival, la caída de Oropesa el 24 de junio de 1691. Con esto ganó influencia; pero no consiguió doblegar a la Reina Madre a su voluntad. Justamente

---

(1) *Relazioni Venete al Senato*, II, pág. 626.

en la época de su matrimonio recaen las resoluciones políticas más importantes respecto a la herencia de la Corona de España. Toda Europa acechaba las resoluciones de Madrid y la muerte del Rey hechizado. Una mujer tan dominadora, enérgica y ambiciosa, como era la Reina, tenía que influir personalmente en los acontecimientos políticos. Se comprende también que, como perteneciente a la estirpe de Wittelsbach, se interesase por las pretensiones de la otra línea de su casa.

El Elector Maximiliano Manuel de Baviera sabía también que la influencia de María Ana era factor con el cual tenía que contar muy singularmente para los planes de sus pretensiones al trono de España.

Se ha escrito mucho sobre la Sucesión española. Se ha tratado la cuestión desde el punto de vista austriaco, bávaro, francés e inglés; pero que yo sepa no se ha analizado bastante la intervención de la Reina en estas combinaciones políticas (1). La importancia del estudio de esta personalidad histórica quedará demostrada en el presente trabajo.

#### **Acontecimientos anteriores a la muerte de la Reina Madre, acaecida en 16 de mayo de 1696.**

Antes que tratemos de la intervención de María Ana en el pleito bávaro, importa echar una ojeada sobre su origen y desarrollo, hasta que la joven Reina lo dirigió personalmente —C. T. v. Heigel y G. F. Preuss han escrito extensamente sobre este tema—. El Elector Maximiliano Manuel se había casado con María Antonia, hija del Emperador Leopoldo I y de la Infanta Margarita, en la primavera de 1685. Nieta del Rey Felipe IV, tenía María Antonia derecho al trono de España en el caso de que Carlos II muriese sin sucesión. Como en la época del casa-

---

(1) El estudio de Carlos Tedoro von Heigel en *Quellen und Abhandlungen zur neueren Geschichte Bayerns*. (Munich, 1890), no agota todas las fuentes.

miento de María Antonia se desesperaba ya de que Carlos II tuviese herederos, exigió el Emperador Leopoldo que su hija renunciase solemnemente a sus derechos al trono de España. Así se hizo en el contrato matrimonial de 13 de abril de 1685. A cambio de esta dura exigencia, prometió el Emperador una buena dote en dinero español (1), y recomendar, además, a su sobrino el Rey español que, por donación intervivos, transpasara los Países Bajos al Elector, «nit administratorio seu alieno», sino «proprio nomine et jure propietario». El Emperador y el Elector estaban convencidos de que la renuncia solemne de María Antonia la eliminaba, así como a sus hijos, de la sucesión. En España pensaban de otra manera. Allí no tuvieron por válida esa renuncia y siguieron considerando a María Antonia heredera del trono, como nieta de Felipe IV. A pesar de ésto, el Emperador cumplió su palabra. Su Embajador Mansfeld trajo el encargo del Emperador de gestionar que Maximiliano Manuel recibiera el Gobierno de los Países Bajos. La actitud de Francia intranquilizó a los españoles. Luis XIV, ante la noticia de que el Elector de Baviera iba a recibir los Países Bajos, había tomado medidas enérgicas. Como esposo de la Infanta María Teresa, hermana de la Infanta Margarita, hacía también valer sus derechos, a pesar de la renuncia de su mujer al trono de España. Por eso no quería permitir, en modo alguno, que Maximiliano Manuel se estableciese en los Países Bajos; mandó a Madrid al Marqués de Fouquières, para protestar. El 26 de marzo de 1685 llegó el Embajador a Madrid, y el 2 de abril entregó una Memoria al Rey. En ella constaba que Luis XIV consideraría la investidura del dominio de los Países Bajos como una ruptura de la paz. A pesar de que, con anterioridad, el Gobierno de Madrid, por influencia de la Reina Madre, había ya aprobado el nombramiento de Ma-

---

(1) Reynald se equivoca al asegurar que Maximiliano Manuel se comprometió a pagar 1.000 florines anuales al Emperador. —(Reynald: *Louis XIV et Guillaume III. Histoire des deux Traités de partage et du testament de Charles II*. Tom. I, pág. 30).

ximiliano Manuel para regir los Países Bajos, no tuvo valor para resistir las amenazas de Francia. El Rey, contra costumbre, asistió personalmente a la sesión del Consejo de Estado, el 4 de abril, para tratar de este asunto. A Luis XIV se le contestó que lo que se pensaba dar a Maximiliano Manuel era tan sólo el Gobierno de los Países Bajos. Con ésto quedaba la cuestión temporalmente resuelta. Mansfeld no pudo tampoco conseguir que el Rey reconociese la renuncia de María Antonia. El 10 de octubre de 1685, la tercera mujer del Emperador, Leonor de Pfalz Neoburgo, dió a luz al Archiduque Carlos. Pronto surgió en Viena el plan de enviar a España a este Archiduque, porque de ese modo se creía conseguir que el Rey Carlos II reconociese la renuncia de María Antonia, desvanecido ya el peligro de juntarse en una sola cabeza la corona de España y la imperial, que correspondía al Archiduque José, hermano mayor del recién nacido. Mansfeld recibió en 1687 la orden de averiguar la opinión de España respecto a estos proyectos. Pero Fouquières también estaba en guardia, y dió parte a su Rey de los rumores que corrían. Luis XIV destruyó en germen el plan, como había destruído el referente a la cesión de los Países Bajos. El 19 de diciembre de 1687 entregó Fouquières una Memoria, según la cual la concesión de lo pedido por Viena se estimaría por Luis XIV como caso de guerra. Ya no se trató más en España de la renuncia de María Antonia ni del Gobierno de los Países Bajos para Maximiliano Manuel, cuya conducta en este trance importa examinar. Fiel a su convenio con el Emperador, se condujo correctamente. En septiembre de 1685 envió al Conde Preysing como Embajador a Madrid, para dar parte oficial de su casamiento y cobrar la cantidad prometida. Se le recibió muy bien, asegurándole que las relaciones con el Elector seguían siendo cordialísimas. A pesar de eso no alcanzó nada Preysing, acaso por la tiesura y falta de tacto con que trató a los Grandes y ministros españoles. Se marchó sin haber hecho las visitas de rigor. Foscarini, el Embajador de Venecia, dedujo de esta conducta de Preysing que no estaba bien orientado Maximiliano Manuel sobre las simpatías que tenía en España, o que no quería emprender nada contra el Empera-

dor (1). Este último era el caso. Preysing estaba en las mejores relaciones con el Embajador imperial, y Maximiliano Manuel no pensaba entonces ser infiel al Emperador (2). El Emperador recompensó al Elector por su noble conducta, proponiéndole de nuevo, por conducto de Mansfeld, el año 1686, para la investidura del Gobierno de los Países Bajos, aunque sin mejor éxito que la vez anterior, por el temor que Francia inspiraba a España. En los despachos del Embajador bávaro Barón Lancier, sucesor de Preysing, se advierte que no decayeron las simpatías de los españoles hacia Maximiliano Manuel. Sus triunfos contra los turcos en los años 1687 y 88 se celebraron con festejos. Maximiliano Manuel, por su parte, siguió de acuerdo con el Emperador, como lo prueban las cartas de Lancier al Ministro cesáreo Príncipe Dietrichstein, y todavía más claramente el resultado que tuvo el ensayo que hizo Villars de una aproximación francesa. Esta conducta honra al Elector tanto más cuanto que el Emperador no le había dado ninguna seguridad, fuera del contrato de boda. El tratado bávaro-austriaco del 4 de mayo de 1689 no ofrecía ninguna ventaja. Vino después la Gran Alianza, el 12 de mayo de 1689. El artículo secreto en este convenio aseguraba al Emperador el apoyo de todos sus aliados en sus pretensiones al trono español.

En otoño de 1688 había empezado ya la guerra con Francia. En septiembre habían cruzado el Rhin los franceses. La fortaleza de Felipeburgo pudo sostenerse hasta el 29 de octubre; pero el enemigo encontró escasa resistencia. Heidelberg el 24 de sep-

---

(1) Ma o che all'elettore non siano ben noti i sentimenti dei Spagnuoli, o che como principe savio non voglia inopportunamente ingelosire l'imperatore (*Relazioni*, II, pág. 542).

(2) «Mansfeld con insistente cortesia volle trattener Preysing in sua casa per poter meglio misurargli i passi; e meco parlando della mal fondata pretensione promossa del trattamento uscì a dirmi, che si sarebbe guardato di distornarlo da un procedere, il quale molto ben compliva all'imperatore suo padrone» (*Relazioni*, págs. 542-43). De este texto dedujo equivocadamente Goedeke (*Die Politik Oesterreichs in der spanischen Erbfolgefrage*, t. I, pág. 28) que M. Manuel estuvo, desde un principio, en contra del Emperador.

tiembre y Mannheim el 10 de noviembre, fueron tomadas con poca dificultad. Los cuatro Electorados del Rin fueron conquistados pronto. En febrero de 1689 declaró el Reino la guerra a Francia. Maximiliano Manuel fué sustituido en Hungría por el Markgrave Luis de Baden, y se le encomendó un mando en el Este. Los franceses tuvieron que volver a atravesar el Rin. A su paso asolaron el Palatinado de una manera horrible. El 2 de mayo de 1689 fué destruido por primera vez el castillo de Heidelberg.

Entre tanto, Noailles había concentrado en mayo de 1689 en Perpignan un pequeño ejército para atacar a Cataluña por el Rosellón. Como los españoles opusieron muy poca resistencia, consiguió fácilmente buenos resultados. El 25 de mayo de 1689 capituló Cambródón. Durante el invierno retiró el francés sus tropas a la Cerdaña.

Este fué el principio de la guerra que debía durar hasta 1697. El vencedor de Belgrado se batía por el Emperador. En España estaban convencidos de lo adicta que era Baviera a Austria, y nadie creía en miras particulares del Elector contra los intereses del Emperador. El nuevo casamiento de Carlos II cambió de nuevo el aspecto de la cuestión bávara.

Se reducía ella por de pronto al Gobierno de los Países Bajos, que interesaba también al hermano de la Reina, Juan Guillermo de Neoburgo, el cual disputaba a Maximiliano Manuel el puesto de Bruselas. De ello se había tratado con anterioridad, como se ve por una carta de Luis XIV, de 7 de marzo de 1689, a Fouquières. Según este documento, había surgido entonces la idea de dar los Países Bajos a Pfalz Neoburgo. Con el casamiento de su hermana con Carlos II crecían las probabilidades de que el plan de Juan Guillermo se realizara. No hay que olvidar que la Emperatriz Leonor y la Reina María Ana procuraban siempre el medro de su familia. Una carta de María Ana a su hermano, de 14 de noviembre de 1689, poco antes de su salida de Holanda, contiene, en una postdata, esta frase: «Me despido otra vez con estas pocas líneas a toda prisa, y le participo que he cumplido sus órdenes con respecto al Gobierno d. F. vous m'enten-

dez bien» (1). Debe de tratarse del Gobierno de los Países Bajos. Es muy probable que María Ana, antes de su partida, recibiese la recomendación de su hermano sobre ese punto tan importante para él; y se comprometiera a apoyar con interés su deseo. Juan Guillermo escribió en otra ocasión que no quería quitar nada a Maximiliano Manuel, pero tampoco desinteresarse del asunto (2).

No cabe duda de que Juan Guillermo aspiraba a conseguir el Gobierno de los Países Bajos para sí o para uno de sus hermanos. En la correspondencia de aquel tiempo entre Düsseldorf y Madrid, se tocaba siempre esta cuestión (3). La joven Reina española tenía en ese punto una rival poderosa en la Reina madre. Esta estaba del lado del Elector de Baviera. Desde que se empezó a tratar el tema, habló siempre en favor de Maximiliano Manuel, y el Elector se hallaba en relación estrecha con ella. Su Embajador Lancier, se casó con una camarista de la Reina Madre, y pudo así conocer mejor cuanto ocurría. Maximiliano Manuel empezó, pues, a trabajar por su cuenta; pero esto no significaba alejamiento del Emperador, puesto que el mismo Leopoldo deseaba procurar a su yerno el Gobierno de los Países Bajos. Por este alto cargo lucharon las dos Marianas en los primeros años del matrimonio de la joven Reina. Es natural que venciese la Reina Madre, mejor enterada de las circunstancias y de las personas, que la inexperta Reina recién llegada.

Por influencia de la Reina Madre se dió el Gobierno de los

(1) Staatsarchiv, caja azul, 46/14.

(2) S. A. caja azul, 86/27 a, contiene un escrito del Embajador del Palatinado Novelli, sin lugar ni fecha. Allí dice que Juan Guillermo no se opondría a la elección de Maximiliano Manuel; pero que, caso de no recaer en éste el nombramiento, presentaría su candidatura o la de alguno de sus hermanos.

(3) Juan Guillermo a Lobkowitz, 1691, 10 agosto, con la copia de una carta a su hermana de 1691, agosto 21, en la cual Juan Guillermo se ofrece como sucesor de Gastañaga (S. A. c. a. 86/27 a). María Ana participa a su hermano el 8 de octubre de 1691 que ha hablado con Carlos II de la investidura del Gobierno para él. Probablemente se daría por el pronto el nombramiento a Juan Guillermo por tres años... «no conozco aún las intenciones de mi Rey.» (Haus Archiv. 1.128.)

Países Bajos al Elector, por Real decreto de 12 de diciembre de 1691, mientras duraba la guerra con Francia. Se le nombró «Lieutenant Gouverneur et Capitaine General des Pays Bas», con poderes, en realidad, de soberano. Con palabras llenas de amargura participa la joven Reina la derrota a su hermano (1). Le consuela con la esperanza de que Maximiliano Manuel no podrá sostener mucho tiempo la guerra con el corto subsidio. Entonces podría Juan Guillermo sustituirle (2). Esto era un pobre consuelo para encubrir su fracaso.

Maximiliano Manuel, después de la toma de Carmagnola con Eugenio de Saboya, estaba en Venecia bajo el nombre de Conde de Dachau, cuando el 18 de diciembre se presentaron el Coronel Fuenmayor y un paje del Marqués de Gastañaga, Gobernador hasta entonces de los Países Bajos, y le entregaron el nombramiento del Rey Carlos II. El nuevo Gobernador salió de Venecia el 1.º de enero de 1692, pasó por Viena y Munich, y llegó a Bruselas el 23 de marzo de 1692 (3). Allí fué recibido solem-

(1) ... «Espero que se le abrirán a V. A. los ojos y se le desvanecerá la ilusión que se hacía siempre sobre la Reina viuda, y se habrá desengañado de lo que V. A. y toda nuestra Casa, y aun la misma Casa de Austria, el Romano Imperio y esta Monarquía esperaban de ella. Ella es quien ha conseguido que se dé el Gobierno de los Países Bajos al Elector de Baviera»... Madrid, 13 mayo 1694.

(2) «Cuando me escribió su carta del 28 de enero estaba sin duda V. A. bajo la impresión de lo acaecido con el Gobierno de los Países Bajos, y a mí me es tal vez más doloroso. V. A. habrá sabido por Wiser (Secretario particular de la Reina) que lo transmitió a su hermano, detalladamente como fué. Además, es posible que V. A. no se hubiese encontrado bien allí, como le pasará al Elector de Baviera, porque no podrá sostener la campaña con 500.000 florines de sueldo. Yo creo que se cansará pronto, y en ese caso, podrá V. A. tomar su puesto si lo tiene a bien»... 3 de mayo 1692.

(S. A. c. azul, 46/16.)

(3) Lipowski: *Des Kurfürsten von Bayern Max Emanuels Statthaltershaft und dessen Feldzüge* págs. 11-12). En 14 de mayo de 1692, María Ana escribió una carta de felicitación al Elector y le pidió guardara buena vecindad a su hermano. (S. A., caja negra 294/15.)

Juan Guillermo le escribió en cambio, «que el bávaro no se crezca, eso déjalo a mí; cuenta que yo le crearé enemigos que paralícen todos sus esfuerzos». — Heigel, *María Anna von Neuburg* (1890) pág. 193.

nemente. Gastañaga entregó al Elector el bastón de mando y se apartó de la vida oficial. En el otoño del mismo año, el 28 de octubre de 1692, vino al mundo un hijo del Elector. Se le dió el nombre de José Fernando. Maximiliano Manuel tenía, pues, un heredero directo para la sucesión al trono de España. Las pretensiones bávaras tomaban ahora un sesgo importante en España.

Desde entonces ya no se trató sólo de los Países Bajos, sino de toda la herencia española. El cariño que la Reina Madre profesaba a María Antonia, hacía que trabajase con toda su fuerza para que el pequeño José Fernando llegase a ser un día Rey de España. La joven María Ana tenía también en este negocio interés opuesto al de su suegra. La hermana de la Emperatriz aspiraba a que la Corona de España pasase a un Austria y no a un Baviera. Viena la apremiaba para que consiguiese de su indeciso marido que nombrase al Archiduque Carlos heredero del trono. La rivalidad de las dos Reinas, que se ejercitó hasta entonces en torno del Gobierno de los Países Bajos, se exacerbó ahora con designios más trascendentales. De todos modos, hay que suponer que la felicitación de la Reina a Maximiliano Manuel por el nacimiento de su hijo (1), no era sino fórmula convencional de etiqueta. La influencia de la Reina Madre constituía un gran obstáculo para la joven Reina; porque Carlos II no se decidía a nada y su esposa no bastaba a contrarrestar la voluntad de su madre (2). Animado por el apoyo firme de la Reina Madre, empezó Maximiliano Manuel a alejarse de la política imperial y a marchar por su propio camino. En la primavera de 1693, estaban ambos en activa correspondencia sobre la sucesión española. En ese año hizo venir Maximiliano Manuel a su hijo a Munich para tenerlo a su lado. Probablemente pensaba ya entonces enviarlo más tarde a España para que lo reconocieran allí como Príncipe de Asturias. Lo cierto es que llevaron poco después al Príncipe

---

(1) S. A. caja negra 294/15. - 1693, Agosto 5.

(2) «Que mi Rey se resuelva en todo tan despacio, no es sólo queja mía, sino de todos, y me disgusta mucho. Yo no puedo dar al Rey esa resolución que le ha negado la naturaleza.» María Ana a Juan Guillermo. III. 1692 (S. A. caja azul. 46/14.)

José Fernando a Bruselas. Su madre, María Antonia, había muerto el 24 de diciembre de 1692. Sobre el plan de la Reina Madre de hacer venir a José Fernando a Madrid, escribe la joven Reina palabras amargas a su hermano (1). Había sufrido otra derrota, por obra de su suegra, en la provisión del Obispado de Lieja. Hostigada por Juan Guillermo, quería procurar ese puesto a su hermano Luis Antonio, jefe de la Orden Teutónica; pero la Reina Madre tenía otro candidato, el Elector José Clemente de Colonia. A pesar de que la joven Reina usó de toda su influencia, no pudo conseguirlo. El 8 de abril de 1694, escribió a su hermano que había hecho todo lo posible para poner al «Teutschmeister» sobre la silla episcopal de Lieja, y que esperaba sólo la decisión (2). Cuando ésta recayó en favor del hermano de Maximiliano Manuel, el corazón herido de la Reina profiere palabras de rabia contra su suegra (3). La joven Reina no prevalecía, pues, contra la Reina Madre en ningún asunto de importancia; no es de extrañar que no la quisiera. Se lamenta sobre este punto en una carta a su hermano: «trato de probar en toda ocasión mi amor filial y mi agradecimiento a S. M. la Reina viuda, aunque algunas gentes dudan de la sinceridad de mi corazón: pero no lo puedo remediar por más que lo sienta» (4). Menos conciliadora la muestra en su correspondencia el espía francés P. Blandinière, escribiendo que María Ana, en su furor contra su sue-

---

(1) ... «quiere V. A. saber todavía más; protege al Príncipe de Baviera y trata de traérselo; para qué fin, es fácil de comprender...» Mariana a Juan Guillermo. 13-V-94 (S. A. caja azul 46/14.)

(2) S. A. caja azul 46/14.

(3) ... «había pedido mucho que recayera (la mitra de Lieja) sobre mi hermano; había conseguido de mi Rey que diera la orden a sus ministros de que cumpliesen los deseos de V. A... Ahora parece que los dichos ministros, especialmente el General Tilly, no sólo no obedecen, sino que obran en contra. Mi Rey quiere saber el motivo para refutarlo y castigar a estos pillos por perjuros... Ella (Reina Madre) se ha propuesto dar la sede de Lieja al Elector de Colonia, y lo reclama así del Rey; los ministros no se hubieran atrevido a hacer lo que hacen si no contasen con el apoyo de la Reina.»—María Ana a Juan Guillermo. 13-XV-1894. (S. A. c. a. 46/14.)

(4) María Ana a Juan Guillermo. 12-XI-1692. (S. A. c. a. 46/14)

gra, amenazó al Rey con irse de Palacio si su esposo no echaba a la Reina Madre (1).

Es de todos modos evidente la discordia entre las dos Reinas. Mientras vivió la Reina Madre, no pudo María Ana alcanzar ninguna influencia sobre el Rey, porque la de su madre era la más fuerte. En la noche del 16 al 17 de mayo de 1696, murió la Reina Madre de un cáncer en el pecho. Con este suceso desaparecieron las trabas que se oponían a la ambición política y personal de la joven Reina. De allí en adelante fué ella la soberana. Ahora podía imponer su voluntad a su débil esposo, a pesar de que por diferentes lados, especialmente por el poderoso Cardenal Portocarrero, su enemigo acérrimo, se hacía todo lo posible para arrancarle la dirección de la Monarquía española.

Con la muerte de la Reina Madre decayeron las grandes esperanzas del Elector bávaro. Las simpatías de España hacia Baviera seguían en pie; pero la joven Reina perseguía otros fines, y en los años sucesivos inspiraría ella la política española.

PRÍNCIPE ADALBERTO DE BAVIERA,  
Correspondiente.

*(Se continuará.)*

## II

### DATOS PARA LA BIOGRAFIA ARTÍSTICA DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

**Andrés** (Lázaro).

Lázaro Andrés, pintor, vecino de Medina del Campo, confiesa recibir del bachiller Pedro Peñaranda, beneficiado de la Iglesia de San Pedro, de Alaejos, con fecha 5 de enero de 1604, 600 reales, a cuenta de lo que había de recibir por pintar y dorar el retablo de la citada iglesia.

---

(1) ... «Il n'y a pas 6 mois que sur quelque sujet de mecontentement que la Reine mère lui donna, ella alla au roy, criant comme une furie qu'elle se retirerait de la Cour s'il n'en chassait la reine mère.» (Blandinière, en Legrelle. II. pág. 77.)